

El nacional-catolicismo en las Vascongadas del primer franquismo (1937-1945), como elemento legitimador del régimen.

Javier Sánchez Erauskin

El nacionalcatolicismo constituye una de las señas de identidad más características de la posguerra franquista. En las provincias vascongadas, además, ese nacional catolicismo comporta una serie de connotaciones que le diferencian del resto del Estado e incluso en algunos aspectos, de su hermana natural, Navarra.

La singularidad vascongada.

Aquí, en el bando de los vencidos de la guerra, se situaba un excepcional número de católicos practicantes y un partido confesional, el PNV, se convertía en principal valedor del Gobierno republicano de Euskadi mientras un sector muy sensible del clero compartía con los suyos la resistencia ante los militares sublevados. Su testimonio constituiría el núcleo del aireado "problema del Clero Vasco" que iba a plantear serios interrogantes al triunfalismo del Nacional -catolicismo franquista.

Por otra parte la proclamación patriótica unitaria española, capital en la ideología del nacionalcatolicismo, choca frontalmente en el País Vasco (y en Catalunya) con una ideología de carácter nacionalista, de signos absolutamente opuestos (Aberri Eguna, Batzokis, Estatuto, Propaganda, Cultura, Literatura etc.), que en los últimos años de la República han podido desarrollarse y multiplicarse con gran pujanza. Ambos factores tipificarán de una forma muy peculiar al fenómeno del nacionalcatolicismo en las provincias vascongadas del primer franquismo.

Otro de los factores que cualifican al nacional-catolicismo español vascongado es la peculiar curva de su expansión y

desarrollo con respecto al resto del Estado. Así mientras los historiógrafos alargan habitualmente las fases del nacionalcatolicismo hasta el Congreso Eucarístico de Barcelona de 1.952 y el Concordato con la Santa Sede en 1.953, en las provincias vascongadas su desarrollo sufre un sensible decrecimiento con el final de la primera guerra mundial.

Los caracteres de inflación política religiosa en la península no solo no se apagan en el año cuarenta y cinco sino que se acentúan aun más tras el fracaso y desintegración de los fascismos (lo que va a facilitar entre otras cosas el predominio de ministros "católicos" de la ACNP, Martín Artajo, Ruiz Jimenez etc.. en el seno del gobierno franquista). En Euskadi en cambio, el nacionalcatolicismo sufre a mediados de los años cuarenta importantísimas fisuras; iniciales resistencias públicas del clero (Memoria dirigida a Pio XII en noviembre de 1.944) y dificultades cada vez mayores para vehiculizar el mensaje patriótico español a través de una iglesia vasca en la que se hacen sentir factores como la vuelta de los sacerdotes progresistas, posicionamientos prácticos en el tema del euskera que comienza a abrirse paso dificultosamente.. etc. Por otra parte a la actitud pasiva de la población vasca que ponía sus esperanzas en el triunfo aliado seguirá, tras el desengaño del cuarenta y cinco un mayor activismo (resistencia y oposición) al que no será ajena una Iglesia que en sus estamentos más bajos no ha dejado de estar muy cercana a su pueblo.

Los problemas de una legitimación

A las dificultades de una legitimación basada en el contundente pero problemático argumento de las armas se superpone, en el país vasco, la debilidad congénita de la ideología patriótica española que habría contado anteriormente con el respaldo de las élites de la burguesía industrial vizcaina (monárquicos, mauristas, conservadores etc..) y con el maximalismo unitario del partido socialista, asentado en las bases inmigrantes pero que en los últimos años de la República y bajo la orientación de Prieto, Aznar etc. había ido abriéndose sensiblemente a las tesis autonomistas.

La mayor incidencia popular del carlismo en ciertas zonas tampoco supondrá un elemento de suficiente entidad como para conseguir legitimar por sí sólo el régimen franquista. El tradicionalismo carlista iba a quedar además sensiblemente desvirtuado y debilitado con el prematuro golpe de la Unificación. Mas problemática todavía sería la incidencia real en las Vascongadas de un Falangismo minoritario y exótico en la víspera del 18 de julio o la de un Ejército tradicionalmente alejado y hasta rechazado por las capas populares de este territorio.

Ante ese panorama y teniendo en cuenta el declarado y tradicional confesionalismo católico vascongado (con una notable práctica religiosa) a nadie extrañará que el Régimen vaya a jugar la baza del nacionalcatolicismo. La operación consistirá en potenciar los elementos ideológicos conservadores e integristas (tan enraizados en el pueblo vasco) para fundirlos en una cierta tradición españolista que engarce naturalmente con la avasalladora irrupción del nuevo nacionalismo centralista.

Mecanismos de una adaptación.

La necesidad de contar con la Iglesia como instrumento específico de legitimación y el hecho contradictorio de

que precisamente la Iglesia Vasca haya constituido el substrato natural de una importante parcela del grupo de los vencidos plantea una serie de problemas que se van a resolver por la vía rápida. En primer lugar, y en contraposición al resto del Estado, el Régimen se verá obligado a realizar en la Iglesia vascongada una purga sin precedentes ni paralelos en el resto del estado español (obispo y cuadros dirigentes de seminario depurados, curas exilados, desterrados, encarcelados, destituidos o castigados.. sin contar los fusilados de los primeros meses..).

Al mismo tiempo se irán conformando los cuadros dirigentes de la nueva Iglesia, asentada por una parte en la base de los elementos conservadores, carlistas e integristas que anteriormente la dirigían (Cabildo, Arciprestes etc.) pero apuntalada sobre todo con nombramientos muy cualificados (Administrador Apostólico, Rectores de Seminario, Dirigentes de Movimientos Apostólicos y de Acción Católica etc..) en los que primará la adhesión al Régimen y a los valores ideológicos del nuevo Movimiento Nacional.

La Iglesia Vasca, homologada y férreamente uncida al carro de la triunfalista Iglesia Española de la Cruzada y de la Pastoral Colectiva que comanda el cardenal Gomá va a constituirse así en un instrumento político privilegiado del nuevo Régimen en las provincias vascongadas.

El protagonismo eclesiástico.

La nueva sociedad vascongada que se va a construir sobre los trofeos y despojos de la guerra tiene nombres propios y muy definidos que protagonizan esa brutal transformación sociológica. Ante todo será capital el papel de las máximas autoridades eclesiásticas. Los franquistas sabrán valorar muy bien su importancia hasta el punto de que su control les suponga un arduo contencioso con el Vaticano que si provisionalmente se resuelve con un primer

acuerdo se reafirmará posteriormente con el Concordato en 1.953.

Esta importancia que los militares conceden a las prelaturas se va a poner muy pronto en evidencia con el oscurecido destierro del vacilante Mateo Mugica. El obispo de Vitoria intentará hacer méritos ante la Junta Militar de Burgos antes de ser definitivamente condenado por estos. Esos méritos le covertirán, muy a su pesar, en uno de los primeros protagonistas de la nacional-catolización vascongada. La famosa pastoral , de Agosto de 1.936, que escribe el cardenal Gomá pero que firman Olaechea y Mugica será el primer posicionamiento público y solemne de miembros de la Jerarquía Española en apoyo de los militares sublevados. Mateo Mugica en esos tres escasos meses que dura como Jerarca diocesano multiplicará los gestos y acciones en su favor tal cual recuerda en su primer descargo ante la Santa Sede. Todo será inútil. Los militares necesitan una persona más dócil y manejable para las delicadas funciones de depuración que se avecinan. El Vicario, Antonio Pérez Ormazabal será su vergonzante instrumento durante casi un año. En ese lanzamiento del primer nacionalcatolicismo en las Vascongadas se señalarán las mayores contradicciones, las mas flagrantes debilidades de una Iglesia atada de pies y manos al imperio de los militares.

Lauzurica, elemento clave

La designación de Javier Lauzurica ("el obispo de Franco") como Administrador apostólico constituirá un paso cualitativamente distinto. El ambicioso prelado vizcaino es efectivamente la pieza clave de la legitimación franquista por mas que haya que contar también con su propia y peculiar personalidad humana, política y religiosa. Representante de un tradicionalismo a ultranza que encajaría mejor con el carlismo de los Fal Conde, Zamanillo, Lamamié o Gonzalez Quevedo

prefiere jugar la baza de los mas oportunistas y cercanos al poder, conde de Rodezno, Oriol, Esteban Bilbao, Iturmendi.. Desde el punto de vista eclesial, Lauzurica protagoniza un discreto proceso que le lleva de la beligerancia españolista nacionalcatólica de los primeros años al refuerzo de un cierto integrismo en la defensa de los derechos de la Iglesia (el lanzamiento triunfalista de una Acción Católica sería una buena muestra). El Administrador Apostólico recorrerá de alguna forma el camino que lleva del "Cara al Sol" y el "Oriamendi" a las trincheras eclesiásticas de la "Unam Sanctam".

La indudable capacidad organizativa de Monseñor, su espectacular presencia y presidencia de los grandes fastos y ceremoniales nacional-católicos, asistido por ministros, militares y autoridades civiles, su magisterio en circulares, sermones y discursos y sus exhaustivos recorridos en visita pastoral por todo el territorio diocesano le convierten en una figura capital en la construcción de la sociedad nacionalcatólica vascongada.

Un análisis de contenido de sus abundantes circulares y de sus escritos (prólogos a media docena de libros entre los que se encuentra la primera edición del "Camino" de Escribá de Balaguer) pone de manifiesto un pobre contenido teológico y el predominante tono político y patriótico de un mensaje que recoge más el discurso religioso tradicionalista de Nocedal o Vazquez de Mella y las pinceladas hispanistas de Maeztu y Vizcarra que el tono imperante del Movimiento con las actualizaciones modernistas de Fermin Yzurdiaga, Pemán, Sanchez ... En todo caso se trata de una argumentación patrioterica hispánica que Lauzurica, euskaldun de nacimiento, lleva a cabo utilizando incluso ese euskera, condenado y fulminado por la política oficial para lograr una mayor eficacia en la transmisión de su mensaje.

Al lado de Lauzurica se difumina mas aun la estela de su sucesor el Obispo Ballester, fraile paúl a quién su puesto de

Procurador en las primeras Cortes franquistas tampoco marcará excesivamente. Su delicada salud apenas le dejará otro espacio que el de su dedicación a la reconstrucción de los templos diocesanos y a continuar la línea de excelentes relaciones con el Poder y con el Régimen que marcara su predecesor.

Las personalidades eclesiásticas emergentes.

Muy cercanos a los obispos, se agrandan los perfiles de algunos eclesiásticos que al paio de los nuevos vientos políticos gozarán de una efímera gloria y predicamento. Es el caso de elementos de la curia catedralicia como los canónigos Miner Olasagasti y los hermanos Enciso, de religiosos como los jesuitas Vilariño, Elorriaga, Ascunce o el de simples sacerdotes como Angel Caballero, Julián Landazabal, Primitivo Ibañez o Juan José Perez Ormazabal, inevitables y ampulosos discurseros en todo tipo de grandes ceremonias religioso-políticas, consagraciones, juras de bandera, entronizaciones, coronaciones, misas de campaña, vía crucis..

Cobra en estos momentos especial relieve la figura del arcipreste, realzada en sus funciones muy significativamente. Algunos de ellos pertenecen a las filas del mas recio tradicionalismo - Abona, Mayora, Lasquibar, Chopitea..- y gozan de una autoridad y de unos poderes mas que notables. Son ellos los que controlan directamente a los sacerdotes de la zona y los que marcan las directrices nacionalcatólicas en las abundantes y profusas ceremonias del momento. Estos arciprestes se van a convertir en el vértice de la pirámide jerárquica que domina Lauzurica desde el Palacio Episcopal de Vitoria. son su "longa manus" y los que hacen ejecutar sus órdenes, los que vigilan los territorios, los que garantizan el pregonado programa del obispo de "velar por la disciplina del Clero y restaurar la

vida cristiana".

Tal vez con una significación muy diferenciada habrá que señalar el protagonismo de Eugenio Beitia desde su puesto de vicario de la Diócesis y de consiliario y motor de una Acción Católica Diocesana cuyo despegue llevará insensiblemente a campos mucho mas cercanos a reivindicaciones que al nacionalcatolicismo oficial que propugnan desde la cúspide, Felix Bilbao o Zacarias Vizcarra. En el mismo sentido el seminario de Vitoria con la prematura marcha de los hermanos Enciso y su recambio por Felipe Ugalde y los ascensos del sulpiciano Aldabalde (el del leit motiv del "sólo sacerdote") o del cauteloso pero clarividente José Zunzunegui suponen un signo contradictorio digno de un cuidadoso análisis.

Dentro del triunfalismo nacionalcatólico, Vitoria es cuna y centro expansivo de una misionología, relanzada ahora con ribetes de hispanismo imperial y en la que brillan personajes tan señalados como Sagarminaga, Vizcarra, Ortiz de Urbina, Perez Ormazabal o Hueto Pipaón...sin olvidar el contrapunto mas matizado de los Unzalu, Goiburu, Anitua o Máximo Guisasola.

Obispos residentes y transeúntes

Por mas que sus sedes queden mas o menos alejadas del territorio vascongado algunos obispos se constituyen en fecundos polos de referencia. En primer lugar y desde la cercana Pamplona el cardenal Gomá no deja de influir decisivamente en la marcha de los acontecimientos político-religiosos. En la misma capital navarra el obispo Olaechea, que nunca dejará de ejercer de baracaldés con visitas puntuales a su tierra, comparte la pendiente de debilidades de Mugica aunque en algún momento intente alguna tímida protesta.

En esa primera época hay un grupo de obispos que se refugian en el país vasco y aledaños e intervienen en mas de una

ocasión en ceremonias y discursos religiosos. Es el caso del cardenal Segura (en Azpeitia), los obispos de Orihuela, Solsona, Tortosa, y los Arzobispos de Burgos y Valencia entre otros..

Hay que señalar igualmente la posible influencia por su relación con su tierra de origen de prelados como Eguino, obispo de Santander, Echeguren de Oviedo, Gandásegui de Valladolid (a los dos últimos se les canonizará patrióticamente con la ejemplaridad de un desenlace en el que sus postreros pensamientos y expresiones serían para Dios y para España) Felix Bilbao y los navarros Arce Ochotorena, Perez Plateo o Díaz Gómara.

Las autoridades civiles y militares

En este aparatoso despliegue del nacional-catolicismo vascongado no solo brillan los personajes eclesiásticos. Hay que tener en cuenta además y sobre todo a las autoridades militares y civiles que juegan un papel muy determinante en un proceso que conduce, según señalará más de un observador, a que los papeles se intercambien aparentemente y "los gobernadores actúen como eclesiásticos y los obispos como autoridades civiles".

Esa es al menos la impresión que producen, vistos en la perspectiva del tiempo, gobernadores civiles como Esparza, Ganuza, o el Marqués de Rozalejo.. alcaldes como Careaga, Oriol, Santolalla, Careaga, LLaneza o Pagoaga y presidentes de la diputación como Llaguno, Goyoaga, Aramburu, Elizagarate, Querejeta o Arellano.. Casi todos ellos pertenecen al ala más conservadora del tradicionalismo y serán inevitables protagonistas de entronizaciones al Sagrado Corazón, procesiones, misas de campaña o Vía Crucis, siempre como destacados figurantes.

En la cúspide del poder se mueven personajes que tienen una especial relación con el territorio vascongado. Algunos pertenecen a los cuadros superiores del

Ejército sublevado; los generales Orgaz, Gil Yuste, Varela, Solchaga, Dávila, Tella o Camilo Alonso Vega .. y otros asumen importantes responsabilidades políticas en la andadura del nuevo régimen; Sangroniz, Sanchez Mazas, Yzurdiaga, Esteban Bilbao, Lequerica, Lojendio, Garicano, Iturmendi ... Habrá que dejar constancia de la gran influencia que ejercen los ministerios de Educación y Justicia (Sainz Rodriguez y Conde de Rodezno) que se residen provisionalmente en Vitoria el año 1.938

Todos ellos, obispos, militares, arciprestes, alcaldes, predicadores, gobernadores.. tendrá el denominador común de su contribución patriótico-religiosa. Al hilo de sus discursos y bajo la autoridad de sus mandatos se reforzará el entramado que acabará configurando la peculiar imagen nacionalcatólica de la sociedad vascongada del primer franquismo.

Nacionalcatolicismo español

Las provincias Vascongadas, en tiempo de la República, brindaban al resto de la península la tópica imagen de un "Gibraltar Vaticanista". La práctica religiosa era una constante apenas desmentida en algunas zonas industrializadas de la margen izquierda de la ría bilbaína, en el reducto republicano de Eibar o en las aún recientes nuevas aglomeraciones pesqueras de Pasajes. La pujanza de las organizaciones religiosas o parareligiosas, de la Acción Católica, del Seminario Diocesano con sus abundantes vocaciones etc.. revelaban la buena salud del catolicismo en la sociedad vascongada. Las muchedumbres que asisten al congreso mariano de Oñate de Julio del 36, semanas antes de la sublevación militar, constituyen una significativa muestra de su vigor.

Ese vigor ha llevado a ciertos autores a hablar de un nacionalcatolicismo vasco que habría sido el precedente inmediato del nacionalcatolicismo español. Sin negar los aspectos integristas religiosos

del nacionalismo vasco que en todo caso habría que matizar, no creemos sin embargo que se pueda adjudicar esta calificación (de nacional-catolicismo) a una práctica religiosa real en la que conviven oficialmente la ideología españolista de los carlistas y monárquicos junto a la nacionalista vasca de los afiliados al PNV. Por el contrario lo novedoso del catolicismo que se impone a partir del triunfo de los militares es la identificación absoluta y exclusiva de lo religioso con el nacionalismo español.

El espaldarazo de la calle

Es en las plazas, en las grandes avenidas, en la calle donde se va a imponer públicamente en impresionantes misas de campaña al aire libre, fastuosas ceremonias de jura de bandera, consagraciones de Vírgenes y del Sagrado Corazón, inauguraciones de monumentos, concentraciones infantiles etc.. el mensaje patriótico y legitimador del régimen (la presidencia de las autoridades militares, civiles y religiosas es su más espectacular signo plástico). El Sagrado Corazón de Jesús de la Gran Vía, el kiosco del Arenal, la Pérgola del Parque en Bilbao, el Kursaal y el parque Alderdi Eder en San Sebastian, la explanada de Olaguibel, la plaza de España o el kiosco de la Florida en Vitoria serán los escenarios preferidos de tan singular parafernalia católico-patriótica.

El congreso mundial eucarístico de Budapest (convertido por obra y gracia de la delegación española encabezada por Gomá en una fiesta nacionalcatólica franquista) tendrá en las vascongadas el eco repetido y multiplicador a través de los años en los sucesivos congresos de arciprestazgos y de las tres provincias (Azpeitia 1.940, Vitoria 1.942, Bilbao 1.944, San Sebastian 1.945) en los que se desarrolla todo el multicolor triunfalismo de una religiosidad oficial con sabor a parada militar y en las que no faltará el brillo de las condecoraciones y de los

uniformes de las autoridades militares y civiles.

Las grandes coronaciones de Vírgenes (de Estibaliz 1.941, de la Virgen de Coro en San Sebastian 1.940, de la Virgen de Uribarri en Durango, de la Antigua en Orduña 1.945...) y las grandes solemnidades de Loyola 1.941, Armentia 1.940, Begoña 1.937 y 39 y Aranzazu 1.943... congregarán a las multitudes encabezadas por obispos generales y ministros en abanico espectacular y triunfalista.

Penitencia y desagravios

La idea de una guerra como castigo de Dios y como medio de purificación y el carácter penitencial y de desagravio de la vida religiosa de estos primeros años del franquismo (Jornadas de expiación, vía crucis, misiones regeneradoras, actos de desagravio, reconstrucciones solemnes de templos e imágenes) va a caracterizar muy especialmente a una sociedad, la vascongada, marcada por unas culpas colectivas (condenadas como "provincias traidoras") que de alguna forma hay que purgar.

La práctica penitencial comporta pues unas connotaciones y dimensiones que rebasan lo puramente espiritual para convertirse en eminentemente política. Las circulares sobre la Cuaresma del Vicario Perez Ormazabal y luego de Lauzurica son por demás expresivas. En Vizcaya, sobre todo, donde ha dominado el "terror rojo", se va a desarrollar todo un abanico de ceremonias de purificación político-religiosa que desde los primeros años del franquismo marcarán profundamente la vida social . La Cuaresma y la Semana Santa serán el período en el que se intensificará este espíritu expiatorio pero a lo largo de todo el año se multiplicarán las "Jornadas de penitencia y expiación por los crímenes de la barbarie rojo separatista"; "Vía Crucis por España", y ceremonias de reconstrucción de templos " tras la

sacrilega barbarie de los rojos".. etc.

Hispanización de los mitos religiosos

En el desarrollo y expansión del nacionalcatolicismo hay tener muy en cuenta el culto de los grandes mitos religiosos hispánicos. La Virgen del Pilar, Santiago y el Sagrado Corazón del "Reinaré en España" constituirán polos de referencia de una religiosidad teñida de un desbordado patriotismo. Sus novenas, entronizaciones, consagraciones y festividades cobrarán un extraordinario esplendor y Compostela y se convertirán en obligado peregrinaje (a destacar sobre todo la gran peregrinación diocesana vascongada de 1.940 al Pilar). Es igualmente significativo el creciente y desbordado culto por un santoral muy peculiar: Fernando III, Santa Teresa de Jesús, la Virgen de Covadonga y la pseudosantificación de los Reyes Católicos o el cardenal Cisneros.

Por otra parte la indiscutible vigencia de algunos de los grandes mitos religiosos del nacionalismo vasco provoca toda una operación de reconversión para asumir dentro del patriotismo español militante a esos grandes símbolos del catolicismo vasco. No se trata de destruir sino de asimilar. La Virgen de Begoña, de Estíbaliz o de Aranzazu, Ignacio de Loyola, Berriochoa o Francisco Javier, que avalaban unos meses antes el confesionalismo de los nacionalistas vascos se constituirán en sólidos argumentos de la nueva Vasconia españolísima. La visita al Santuario de Begoña del caudillo Franco al día siguiente de la caída de Bilbao y sus tradicionales visitas a Aranzazu en el mes de septiembre ilustran sintomáticamente los caracteres de esta operación.

Una sociedad nacionalcatolizada

A la hora de calibrar el peso específico de la presión religioso-política sobre una sociedad como la vascongada de

los primeros años del franquismo hay toda una serie de referencias que es preciso analizar en detalle. Este es el caso de la enseñanza, catequesis, escuela primaria, segunda enseñanza y universidad, donde el mensaje nacionalcatólico se ofrece en toda su brutal pureza. Basta estudiar el contenido de los textos de libros escolares, analizar las veladas colegiales o hacer un seguimiento de las festividades (Santo Tomas, San Francisco Javier, Santa Teresa) para tomar el pulso de la ideología patriótica religiosa que se promueve en esos años en las vascongadas.

Si es fuerte la presión de la enseñanza no lo es menos la que se ejerce desde las parroquias con el magisterio de los púlpitos y la instrumentación del confesionario. Comienza la gran era de las Misiones, de los Ejercicios Espirituales, de los triduos y de las novenas.. La Acción Católica ("Española es su título inmortal" canta el himno) se extiende y desarrolla en parámetros de intenso triunfalismo donde prima el mensaje patriótico, sobre todo en una primera fase. En el entorno de la Acción Católica se mueven algunas organizaciones que componen su entramado; Adoración Nocturna, padres de familia, Hijas de María, Juventudes Católicas, Congregaciones Marianas, Cruzados de la Eucaristía, Cruzada Misional de Estudiantes etc. todas ellas tocadas de alguna forma por el patrioterismo en curso.

A esta presión organizativa hay que unir la que protagonizan los diferentes medios de comunicación. La prensa diaria juega un papel primordial en la extensión de la ideología nacionalcatólica sobre todo a través de los periódicos mas tradicionalistas ("La Gaceta del Norte", "Pensamiento Alavés" y "La Voz de España") tal como se recoge en la línea editorial y en el tono de muchos de sus artículos. A señalar igualmente la influencia de algunas revistas, "Mensajero del Corazón de Jesús", "Hosanna", "Aranzazu" etc. y el creciente

protagonismo de una radio que se carga de tintes religioso patrióticos con la retransmisión de Vía Crucis, Conferencias cuaresmales, charlas y sermones puntuales..

El gran intento de legitimación

No hará falta insistir en que este análisis del nacional-catolicismo en las vascongadas del primer franquismo mas que descender en detalles de su desarrollo anecdótico intenta calibrar su validez y eficacia en cuanto instrumento concreto de legitimación de un régimen y de la ideología patriótico española. En este sentido la conclusión de etse estudio es que realmente se trata de un intento a gran escala (el mas serio y coherente que se pudo hacer en aquellos momentos), que comienza a desgastarse a mediados de la década de los cuarenta y cuya incidencia y consecuencias reales en la concreta sociedad vascongada de aquellos años dejo para los sociólogos y analistas de la política sectorial.

Fuentes y bibliografía

En este trabajo he recurrido fundamentalmente a las fuentes escritas de la época, con una especial atención al Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Vitoria, periódicos del momento (Gaceta del Norte, Voz de España, Pensamiento Alavés...), revistas religiosas (Mensajero, Hechos y Dichos, Ecclesia, Aranzazu...), folletos y publicaciones (Azpiazu, Vilariño, Enciso, Arbeloa...) y a la documentación de bibliotecas y archivos (Labayru, Seminario de Vitoria ...) con el imprescindible complemento de los testimonios orales.